

Mujeres rurales ecuatorianas: la deuda que no se paga	Título
Pesantez Calle, Irene - Autor/a; Pozo, María Eulalia - Autor/a;	Autor(es)
Chacarera (No. 30 ene 2005)	En:
Lima	Lugar
Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán	Editorial/Editor
2005	Fecha
	Colección
Equidad social; Campesinado; Mujeres rurales; Ecuador;	Temas
Artículo	Tipo de documento
http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/Peru/cmp-flora-tristan/20120822040515/mujeres30.pdf	URL
Reconocimiento-No comercial-Sin obras derivadas 2.0 Genérica http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/2.0/deed.es	Licencia

Segui buscando en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

<http://biblioteca.clacso.edu.ar>

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO)

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais (CLACSO)

Latin American Council of Social Sciences (CLACSO)

www.clacso.edu.ar



Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano de Ciências Sociais
Latin American Council of Social Sciences



INTERNACIONAL

Mujeres rurales ecuatorianas: La deuda que no se paga

Irene Pesantez Calle*, María Eulalia Pozo**

El artículo presenta un análisis de género de la situación de las mujeres rurales en Ecuador y las estrategias que desarrollan para enfrentar la situación de exclusión en la que viven.



La mujer campesina participa en un 73% en actividades de transformación agropecuaria, 70.8% en comercio, 91.5% en actividades artesanales y en un 30% en actividades asalariadas. El 60% de las necesidades de alimentación del país está cubierto por el trabajo de las mujeres en la producción.

La jornada de trabajo femenina se prolonga de 16 a 18 horas diarias durante siete días a la semana en la realización de hasta veinte tareas diferentes, ligadas a actividades productivas, reproductivas y comunitarias (compilación Mujeres productoras de alimentos de América Latina. 1996. IICA).

El aporte de las mujeres rurales, por tanto, se advierte con su trabajo agrícola y artesanal, pero, además, con el de las tareas domésticas y su participación en actividades comunitarias. Cumplen con una triple función claramente definida y, sin embargo, el valor de su trabajo, tan importante para el desarrollo y el crecimiento de los países en todo el mundo, pocas veces es reconocido.

Esta invisibilización se materializa tanto al interior del entorno familiar como en el de la comunidad y de la sociedad en general, debido, fundamentalmente, a que es un trabajo realizado por mujeres.

Aún más, el modelo de sociedad que tenemos ahora no solo las invisibiliza (a ellas y a su aporte) y no reconoce suficientemente el rol que cumplen, sino que las medidas de ajuste que plantea afectan con dureza a los sectores más pobres del país, entre los que se encuentran precisamente las mujeres que trabajan en las zonas rurales.

Por ello, no es extraño comprobar que su realidad nos muestre datos como los siguientes: para 1990, el 71,4% del total de analfabetos eran mujeres del área rural, y esta

cifra ha aumentado, pues no se cuenta con recursos económicos que cubran los costos de la educación de sus hijos e hijas. Los salarios que reciben las mujeres rurales son en un 30% menos de lo que reciben los hombres por trabajos iguales. Cada vez son más los hogares del sector rural que están encabezados por mujeres. Los efectos de la crisis económica provoca la migración de los miembros de la familia, especialmente de los hombres y las personas jóvenes en busca de trabajo, lo que ocasiona la desintegración de las estructuras familiares y el abandono del campo. Algunos estudios señalan que de cada 100 mujeres, 20 son jefas de hogar.

Por otra parte, las mujeres rurales no tiene acceso a la asistencia técnica para el trabajo agrícola, siendo este aspecto fundamental para garantizar la alimentación de la mayor parte de la población ecuatoriana. Tampoco se han definido políticas de crédito a las cuales puedan accederse desde su específica realidad de mujeres rurales.

Resistencia frente a la discriminación

Las causas que explicarían la subordinación y, por ende, la discriminación de las mujeres, y en especial el de las mujeres rurales, se relacionan principalmente con el patriarcado y con una intervención cuyo enfoque se centra únicamente en lo económico y en lo material, desconociendo la diversidad como fuente de riqueza y no de desigualdad.

En este sentido, ser mujer rural implica una desventaja real de cara a un sistema que insiste en proscribir lo femenino y ensalzar la rentabilidad económica por sobre otras necesidades vitales. De allí que todos los esfuerzos que se invierten en el país para desarrollar el área rural no consideran a las mujeres, su potencialidad de organización y su propia realidad, a la hora de definir políticas, planes y programas de desarrollo.

De hecho, en el balance sobre la importancia asignada a las mujeres en los programas de desarrollo rural, ejecutados por el gobierno (nacional y local), las iniciativas tienen muy limitado impacto en el mejoramiento de su condición material y de su posición social, principalmente por el enfoque con el que abordan las soluciones (asistencialista), para una problemática, cuyo análisis se centra en los aspectos económicos y técnicos del desarrollo.

Esta manera de abordar el problema desconoce las funciones productivas de las mujeres rurales y se niega o desatiende la diversidad social y cultural. Ello fue lo que principalmente incidió para que las intervenciones se diseñen con el objetivo de incorporar a las mujeres a la producción, partiendo de una hipótesis errada que consideró que si se consigue la autonomía económica de las mujeres automáticamente se incidiría en su posición de discriminación.

Este enfoque planteado para el desarrollo, sobre todo en la década de los 90', provocó que las mujeres rurales y sus contrapartes, generalmente organizaciones no gubernamentales, trabajen dando prioridad a los diagnósticos y la generación de información cuantitativa que visibilizara tanto el trabajo productivo como el reproductivo realizado por las mujeres rurales.

A pesar de haber producido esta información que evidencia la subestimación de las mujeres rurales y su trabajo, especialmente de las del sector indígena; a pesar de haberse demostrado el subregistro de los ingresos generados por ellas, y de haber mostrado las insuficiencias de los indicadores como el de la PEA, las mujeres rurales pobres siguen ausentes en las políticas agrarias y macroeconómicas.

Esta «nueva ausencia» no hace sino demostrar que la problemática de las mujeres en el área rural, debe cruzar por un enfoque que advierta la lógica sistémica de su realidad y permita remover uno de los principales obstáculos: pensar que la producción agropecuaria está principalmente en manos de hombres, es decir, que es una producción eminentemente masculina.

Se sigue utilizando la «feminización de la agricultura de subsistencia para caracterizar a las mujeres rurales, aunque las evidencias empíricas muestran que ellas participan en varios segmentos de la producción destinada al mercado tanto interno como de exportación de productos tradicionales y no tradicionales, y que no siempre lo hacen en condiciones más desventajosas que otros productores rurales menores».¹

Y es que el principal error que se comete al momento de planificar es considerar, a priori, que las mujeres rurales conforman una masa informe de pobres, cuyo principal problema es la pobreza, es decir la carencia de bienes materiales, desconociendo los aspectos culturales y simbólicos en los que se fundan principalmente las inequidades de género.

Propuestas de trabajo

Cualquier intervención que realmente se proponga modificar las condiciones sociales de las mujeres rurales, deberá partir del reconocimiento expreso de que su subordinación y discriminación también pasa por el desempoderamiento que como mujeres sufren frente al sistema patriarcal del capital; y que como en cualquier sector, éstas son diversas y se mueven en contextos diferentes.

La lucha que las mujeres rurales han dado en la historia con el fin de que se reconozca su aporte y por lo tanto su existencia en los procesos de producción y desarrollo de los países, ha avanzado hacia una situación de mayor conciencia que las hace actrices de cambio, no solo en las relaciones de poder económico, sino también en las relaciones de poder entre hombres y mujeres.

Es este enfoque el que ha permitido que muchas organizaciones no gubernamentales, que trabajan en el sector rural, comprometidas con el desarrollo humano sustentable y la equidad social y de género, aborden problemas invisibles en las políticas y programas para el desarrollo rural: violencia intrafamiliar, maternidad, acceso a la educación y a los servicios de salud con calidad; participación y poder de decisión en los ámbitos familiares, organizacionales, comunitarios y sociales, etc. Sin embargo, dada la cobertura de acción de las mismas, sus impactos se localizan geográficamente y en función de organizaciones contrapartes con las que interactúan.

Modificar las condiciones materiales y la posición social de las mujeres rurales, cruza por crear las oportunidades para que éstas decidan sobre las políticas macro, pero también sobre aquellas micro que afectan su subsistema más cercano y vital.

*Coordinadora Política de Mujeres del Azuay

**Directora ejecutiva de Sendas.

¹ Martínez, citada por Cuví María en «Hacia un enfoque sistémico: las mujeres rurales y el desarrollo». Discursos sobre género y ruralidad en el Ecuador. P. 21, Quito, 2000.